

La consejera le echó una mirada llena de complacencia.

—Habla usted muy bien, señor doctor; debe constituir un verdadero placer oír sus explicaciones de cátedra.

—¿Tendrá usted pronto una cátedra de profesor?—preguntó el señor Ellrich á Guillermo, que se ruborizó.

—¡Oh, no!—respondió éste con viveza—no llega hasta eso mi ambición; siempre tengo presente en la memoria el verso del Fausto: «Tiro de las narices á mis discípulos, y veo que nada podemos saber». Tampoco yo me imagino que pueda enseñar nada. Admiro y envidio á los hombres que con tanta importancia y convicción enseñan lo poco que sabemos ó creemos saber, y les estoy muy agradecido por haberme iniciado á su método y á su habilidad; pero sé que por mi parte no podría nunca decidirme á presentarme ante adolescentes ávidos de aprender, y decirles con tono autoritario: «Debéis trabajar conmigo durante tres años y seguirme con asiduidad, á fin de que yo os inicie á la ciencia, que, en fin de cuentas, os permitir á saber de lo interno de los fenómenos exactamente lo que sabríais del contenido de un tomo voluminoso con sólo echar una simple ojeada sobre su encuadernación».

—Sus reflexiones de usted son ciertamente interesantes—dijo el señor Ellrich;—pero el profesorado es el único fin práctico al que puede conducir el estudio de la física. Dispénseme usted si expreso asaz prosaicamente mi pensamiento: la física no puede dar el pan sino mediante el profesorado.

—Felizmente, no tengo para qué ocuparme del pan cotidiano.

—Eso es diferente—replicó amablemente el con-

sejero, mientras que su mujer echaba una rápida mirada sobre el traje de Guillermo, que aunque excesivamente limpio, no era elegante, ni con mucho, y llevaba trazas de haber tenido un largo uso; sus ojos benévolos parecían decir: estos idealistas es cosa sabida que tienen la costumbre de descuidar su exterior.

El señor Ellrich hizo recaer entonces la conversación sobre la gerencia del hotel, y conversaron algún tiempo acerca de los vinos y de la cocina del país, de los visitantes extranjeros de la Selva Negra y de cosas análogas. En seguida preguntó á su hija:

—¿Qué tal, Loulou, tienes ya programa para mañana? Nuestra hija es el director de nuestras distracciones—añadió, volviéndose hacia Guillermo.

—Un empleo excesivamente difícil—exclamó Loulou.—Papá y mamá gustan del reposo y yo adoro el movimiento, y hay que ponernos de acuerdo.

Guillermo pensó que nada sería más fácil si ella subordinase sus preferencias á las comodidades de sus padres; pero guardó para sus adentros su reflexión.

—Propongo por la mañana un corto paseo en coche; en cuanto á la tarde, ya veremos después; quizás el señor doctor...

Interrumpióse, y su madre vino en su ayuda completando la invitación.

—Sería usted muy amable si consintiera en acompañarnos.

—Temo molestarles á ustedes.

—De ningún modo—dijeron á la par madre é hija, mientras que el padre hacía un signo de asentimiento.

Guillermo, viendo que la invitación era sincera, dominó su temor de ser indiscreto y aceptó.

El género de vida del Hotel del Castillo favoreció mucho las relaciones de Guillermo con los Ellrich, es decir, con Loulou; se encontraban en un contacto estrecho, viéndose constantemente. La señorita Ellrich gustaba tanto más de emprender del brazo del apuesto joven, paseos por el lado del Oeste, muy frondoso, cuanto hasta entonces había tenido que pasearse sin compañía masculina, puesto que el señor Ellrich comprendía de distinto modo que estas señoras el empleo de las vacaciones. Si se encontraba en disposición de moverse, pedía prestados los perros y el fusil del posadero, y se iba de caza; de otro modo, tendía su manta en la hierba alta y se tumbaba, fumando cigarros escogidos y leyendo de cabo á rabo periódicos extranjeros, inmensos como *El Times*, por ejemplo. La mayor parte de la tarde la consagraba á la siesta, y sólo por la noche pertenecía á su familia; durante el día sólo permanecía con ella cuando emprendían en coche por los valles de alrededor una excursión poco larga.

La señora Ellrich por su parte no se presentaba generalmente antes de mediodía en la mesa redonda, y era igualmente dada á la apacible costumbre de la siesta después de la comida. Cuando el tiempo comenzaba á refrescar, bajaba á respirar el olor benéfico de los pinos; el resto del tiempo lo reservaba á una voluminosa correspondencia, única pasión que parecía poseerla. Loulou estaba, pues, siempre sola por la mañana y con mucha frecuencia por la tarde, y se abandonaba al encanto de poder recorrer con Guillermo los montes y los valles, y sentarse con él en las ruinas donde habían trabado conocimiento, entablado allí con-

versaciones interminables. Los asuntos de conversación no les faltaban: comenzaron por contarse la historia de su vida, tan corta; Loulou acabó en seguida: su narración parecía un suave arrullo y era del principio al fin la descripción de un alegre sueño de primavera. Loulou era hija única, y sus padres, á pesar de su aparente frialdad, la adoraban y jamás la habían rehusado nada; los primeros quince años de su vida los había pasado en la preciosa casa de la calle Lennee, donde había nacido.

—Cuando regresemos á Berlín, verá usted qué bonita casa tengo, y le enseñaré á usted mi saloncito azul, mi jardín de invierno y mi pajarera.

Fué un gran pesar para ella tener que abandonar todo esto, sobre todo sus loros y sus mirlos; pero el único pesar que había tenido hasta entonces fué cuando la enviaron á Inglaterra para completar su educación. Allí permaneció tres años en casa de una tía suya, casada con un banquero inglés, llevando una vida magnífica y aprendiendo á amar á Inglaterra hasta el entusiasmo: guiaba el coche, montaba á caballo y hasta tomaba parte en las cazas de zorros. ¡Qué lástima que no estuviera todo eso á la moda entre las señoritas de Berlín! El invierno, las pantomimas en el teatro de Drury Lane, las excursiones á San Leonardo on Sea, Hastings, Leamington, las locas carreras á caballo sobre el piso salpicado de escarcha, llevando detrás la trailla *in full cry*; el verano, durante *la season*, los *raouts*, los bailes, la ópera, el parque y luego las vacaciones, los magníficos viajes con papá y mamá unas veces á Bélgica, otras á Francia, á los bordes del Rhin; otras á Suiza y á Italia; luego á Heligoland y á Noruega. Ya no volvería más á pasar días tan felices; el año anterior había vuelto á

Berlín, y había pasado ya un invierno muy agradable: bailes de suscripciones y otros innumerables saraos, abono á la ópera, buenas relaciones de sociedad, muchos triunfos, naturalmente también envidillas de falsas amigas; pero esto no le echaba á perder sus placeres, puesto que «su ladrido sólo prueba que estamos á caballo» (1), concluyó con un énfasis cómico.

Guillermo, al oirla, experimentaba sentimientos varios; pero cuando le parecía demasiado frívola, una mirada á sus largas trenzas sedosas, á sus ojos negros y sonrientes, á sus hoyuelos lindísimos, le reconciliaba en seguida con ella; pedía interiormente perdón á la hermosa niña por exigir otra cosa de sus diez y nueve años que no fuera seducción y gracia, y de esto tenía ella bastante para renovar el milagro de Orfeo con las fieras. Cuando terminó, preguntóle él con timidez:

—¿No ha estado usted nunca un poco enamorada?

—¡Dios me libre!—dijo ella con una risa argentina.

Al oír estas palabras Guillermo creyó sentir romperse los círculos de hierro que estrujaban su corazón, como en el cuento del pobre Enrique (2).

—Eso es un verdadero milagro, dado su género de vida: aficionada al mundo, tan conocida en sociedad, con su belleza de usted, seguramente no le habrán faltado á usted los homenajes.

(1) Cita de los dos últimos versos de una corta composición de Goethe, titulada *Klaffer* (ladrones), que pertenece á la parte de sus poesías titulada *Parabolisch*.—(N. del T.)

(2) Véase *Cuentos populares* de los hermanos Grim. Por consecuencia de su inmenso dolor, el héroe del cuento tiene aros de hierro alrededor del corazón, que, al renacer el placer, se rompen.

—No he dicho eso; me han hecho la corte muchas veces; pero...

—¿Su corazón no ha hablado?

—No.

—¡De veras, no!—repitió con tono precipitado, sin darse de ello cuenta.

Hizo ella un signo con la cabeza y bajó pensativamente los ojos; pero después de un corto silencio un rayo de alegría iluminó su linda cara.

—No, nada de mentiras, ¡antes morir!—dijo.—Al señor pastor que me ha confirmado... lo he amado un poco; era esbelto y pálido, con una cabellera más larga todavía que la de usted; ¡hablaba tan bien y con un tono tan penetrante! Me quedaba pensativa al recordarle; pero no tardé en conocer á su esposa, puntiaguda y seca como una aguja de hacer media, y conocí también á sus hijos, cuyo número exacto nunca he podido recordar, y un frío mortal heló mis juveniles sentimientos.

Rompió á reír y le acompañó Guillermo. Ahora le tocaba á él narrar su historia: según su pueblo de origen, no era, en suma, alemán, sino ruso; había visto la luz en Moscou la Santa, en 1845.

—¿Tiene usted, pues, veinticuatro años?

—Los he cumplido el mes de Mayo pasado. ¿Le asusta á usted una edad tan avanzada, señorita Loulou?

—No es ser tan viejo tener veinticuatro años, sobre todo para un hombre—dijo ella protestando con una gran seriedad.

—Mi padre—continuó Guillermo—era de Koenisberg, había estudiado filología, y después de salir de la Universidad había aceptado el puesto de preceptor en una rica familia rusa, porque procedía de padres muy pobres y se veía obligado á aceptar el primer pedazo de pan que se le ofrecía.

De este modo había ido á Rusia y había permanecido más de una edad de hombre, casi veinte años, siendo preceptor en casas particulares, y luego profesor en un liceo de Moscou. Ya avanzado en edad, se casó con una joven indígena de origen alemán, que al lado de este cincuentón llevó una plácida existencia consagrada al deber y más tarde al amor maternal. Mi madre era una mujer curiosa: tenía los ojos y el pelo oscuros, y en la fisonomía una expresión resignada, que me entristecía, ya de niño, cuando la miraba largo tiempo. Hablaba poco, en una mezcla extraña de alemán y ruso; por parecer rara, se creía en Moscou ser una alemana, y consideraba á los rusos como extranjeros, y cuando más tarde nos fijamos en Berlín descubrí que era rusa, suspiraba sin cesar por Moscou, y no se hizo nunca del todo á creerse en su casa en su nueva residencia. Era protestante como su padre, pero había heredado de su madre una predilección secreta por la fe ortodoxa, é iba con frecuencia á las iglesias doradas de Kremlin, cuyos iconos sombríos de santos de tez morena y de aspecto macilento la producían un efecto místico; gustaba de cantar por lo bajo coplas gitanas, que no quería enseñarnos; era tranquila y plácida, prefiriendo la soledad con nosotros á todos los placeres del mundo.

Cuando Guillermo cumplió cuatro años tuvo una hermanita, una criatura delicaducha y rubia, con ojos azules como los del padre; su verdadero nombre era Luisa, pero en la familia no se la llamaba sino Rubita. Había sido la sola compañera de su infancia, porque el padre, de humor moroso, no tenía relaciones en Moscou, y su solo deseo consistía en volver á la patria, aunque durante mucho tiempo se opuso á ello la madre. No lo consiguió

hasta 1858, cuando ya tenía sesenta y tres años, y pudo demostrar á su mujer que había al fin conquistado el derecho, tras una vida de trabajo y de dependencia, de pasar en paz los últimos años de su vida en la patria de que por tanto tiempo había estado privado. Tenía entonces con qué vivir libre de cuidados con su pequeña familia; el muchacho crecía y necesitaba una educación más esmerada que la que le pudieran dar en Rusia, é importaba, además, conservar la nacionalidad prusiana. Cedió la madre y fueron á Berlín, donde compró el padre en la calle Koch, cerca del Liceo Federico Guillermo, una modesta casa, actualmente propiedad de Guillermo.

—Nosotros los niños nos complacíamos mucho en Berlín; he sido educado desde muy joven en ideas de libertad y de independencia: fuera de las horas de clase me era permitido pasear por las calles de clase me era permitido pasear por las calles cuanto quería, y desde los primeros meses empecé con ardor, en todas las direcciones, largos paseos de exploración, de los que volvía maravillado. En cuanto había descubierto un sitio interesante, una hermosa casa, un general en bronce ó en mármol, cogía á mi hermanita de la mano para enseñarla mi descubrimiento. El barrio de Friedrichstadt con sus calles rectas nos impresionaba mucho; yo tenía como la impresión de que las casas habían sido alineadas por un sargento, como un frente de batallón en la parada, y que si gritase: «¡Marchen!» se pondrían en movimiento al paso militar, como veíamos hacer á los soldados en el campo de maniobras. Transmití mi idea á mi hermana, y cuantas veces volvíamos la esquina de la calle Koch para entrar en la calle Friedrich, mi hermanita gritaba: «¡Marchen!» para ver si la interminable fila de casas iba á echar á andar. Lo

que nos agradaba sobre todo era el viejo Berlín, cuyas calles tortuosas con sus caprichosas revueltas nos recordaban las callejuelas sinuosas de Moscú; los brazos del Sprea, más que nada, ejercían sobre nosotros una atracción singular; mi hermanita decía que jugaban al escondite con los chicuelos que corrían por las calles en busca de impresiones: se nos aparecía de repente donde menos se le esperaba: en el patio de una casa, en el mercado Werder, tras un pórtico de aspecto inocente de la plaza Hausvogtei, del otro lado de casas cuyas fachadas en nada indicaban la proximidad del agua. Cuantas veces mi hermana divisaba de improviso la superficie aceitosa y como jabonosa del río se mostraba maravillada y me encargaba que apuntase exactamente sus descubrimientos, y hasta quería, en virtud de este derecho, dar nombres á las diferentes vistas del Sprea, que surgía súbitamente al extremo de los callejones, en los patios ó detrás de las casas.

Callóse un instante, absorbido en estos reuerdos. Luego añadió:

—Si me entretengo tanto tiempo en estas peculiaridades es porque las acuso de la pérdida de mi hermanita: en una de nuestras excursiones nos sorprendió un fuerte chaparrón, que nos caló hasta los huesos. Mi hermana enfermó de un reumatismo articular, y ocho días apenas más tarde la niña era enterrada en el cementerio de Jerusalén. De este modo adquirí el derecho de domicilio en Berlín y relaciones íntimas con el suelo que todavía otras dos veces debía abrirse para recibir lo que más quería en el mundo.

Al pesar causado por la muerte de la niña se juntaron la nostalgia y una salud débil por naturaleza, y algunos meses después la madre iba á

juntarse con la hermanita. Guillermo quedó solo con su viejo padre, abatido, al que no abandonó sino para hacer la campaña de Bohemia. Entonces quiso también el padre atenuar en la doble relación del espacio y del tiempo la separación, y á los setenta años siguió al ejército como enfermero voluntario. ¡Había muerto el año anterior y Guillermo se quedaba solo en el mundo!

A Loulou no le faltaba corazón; poseía la dosis de sensibilidad necesaria á toda joven alemana bien educada; le tendió instintivamente la mano, que Guillermo cogió y besó. Ambos se ruborizaron, y ella clavó una mirada extraña en Guillermo, los ojos húmedos; si él hubiera comprendido esta mirada y hubiera sido de un natural más atrevido habría estrechado contra su corazón á la joven, cuyo pecho palpitante revelaba la emoción que sentía; sus labios rojos no se hubieran apartado de seguro en aquel momento. Desapareció su emoción rápidamente, porque el sol de la tarde y las idas y venidas de los transeuntes hacia la brecha del muro no consentían que la conversación tomase un desarrollo peligroso. Loulou recobró de nuevo su anterior alegría, y fijándose como de costumbre en la parte superficial de la narración, preguntó:

—¿Ha hecho usted, pues, la campaña?

—Sí, señorita.

—¿Ha llegado usted de seguro á oficial?

—No, señorita; simple sargento mayor.

—¿Ha asistido usted á algunas batallas?

—¡Oh, sí! En Burkersdorf, Skalitz, Koeniginof y Sadowa.

—¡Ha debido ser terriblemente hermoso! ¿Ha matado usted algunos enemigos?

—¡Espero que no! No es necesario que cada

soldado mate á un hombre; en general cumple suficientemente su deber exponiéndose á que lo maten á él mismo.

—¿No tiene usted su retrato de uniforme?

La miró Guillermo un poco sorprendido.

—No; ¿por qué?

Lanzó ella una carcajada maliciosa, que retorzaba ya en sus labios mientras hacía las últimas preguntas.

—Quisiera saber si ha ido usted á la guerra con esos cabellos rizados, ó si ha hecho usted el sacrificio de ellos á la patria.

Guillermo, sin la menor molestia, dijo sencillamente:

—Señorita, las apariencias le dan á usted el derecho de burlarse.

—¡Oh! No se incomode usted, querido doctor; ¡estoy tan mal educada!

—No, no; tiene usted razón; pero no crea usted que llevo así el pelo para hacerme admirar, sino sencillamente para evitar los peluqueros; si yo pudiera imaginarme que le parecería á usted menos horroroso con una tonsura...

—Por Dios, doctor, ni en broma lo diga usted; el pelo rizado le sienta á usted muy bien.

Dijo esto con una viveza cuya inconveniencia sintió al momento, y para ocultar su turbación cambió de conversación en seguida.

—Vivir así, solo, debe ser horriblemente triste; pero ¿tiene usted amigos?

—Sí, lo que se llama así; compañeros de Gimnasio, de la Academia, de la Universidad; pero no tienen mucho arraigo estas relaciones superficiales. En el fondo, sólo tengo un amigo.

—¿Quién es?

—Se llama Pablo Haber, y es profesor supernu-

merario de química agrícola en el Instituto Agronómico.

—¿Buena persona?

—¡Oh, sí!

—¿Qué edad tiene?

—Un año más que yo, poco más ó menos.

—¿Cómo es?

Sonrió Guillermo.

—Creo que es un guapo mozo: robusto, no muy alto, con un bigote rubio poblado; aparte esto, completamente afeitado y con el pelo corto, no como yo. Cuida mucho de su exterior, y sabe siempre qué clase de corbata se debe llevar. Es buen bailarín, y se estima feliz cuando le toman por un oficial vestido de paisano; pero tiene un alma fiel y un corazón á toda prueba. A más de esto, prudente, práctico, muy afecto á mi persona, á lo que yo correspondo con todo mi corazón.

—Apenas una palabra de malicia contra un amigo ausente. Ninguna de mis amigas sabría decir lo mismo de mí.

Hubiera podido añadir del mismo modo: «Ni yo tampoco de una amiga».

Después prosiguió:

—Me da usted ganas de conocer al señor...

—Haber...

—Será preciso que nos le presente usted.

—Con gran gusto suyo, de seguro.

A Loulou no le faltaba nada que saber ya acerca de Guillermo, del cual se ocupaba día y noche, como se lo confesaba á ella misma, más de lo que se había ocupado hasta entonces de ningún sér masculino en la tierra. Sólo un punto no le parecía suficientemente esclarecido, y no vaciló en informarse al día siguiente mientras buscaban fresas en el bosque

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

30917-

—Me ha preguntado usted si mi corazón no había hablado todavía. ¿Sería inconveniente dirigirle á usted la misma pregunta?

—Es natural, y puedo responder con franqueza; nunca he amado, ni siquiera á un pálido pastor de largos cabellos.

—Y ¿no le han amado á usted nunca?

Guillermo miró á lo lejos y respondió muy pensativo:

—No sé; sin embargo, una vez...

Loulou sintió que algo la pinchaba en el corazón.

—¡Ahora mismo, cuénteme usted eso!

—Es una extraña historia, que pasó en Moscú.

—Pero ¿era usted todavía un niño?

—Sí, y la que me amó también lo era: tenía cuatro años.

—¡Ah!—baldiceó Loulou con un suspiro involuntario de desahogo.

—Me había sentado una hermosa tarde de otoño en un banquillo en el patio de nuestra casa, y estaba engolfado en una historia de piratas: yo tenía entonces diez años. De pronto una sombra cayó sobre mi libro; levanté la cabeza, y ví ante mí una adorable chiquilla con largas trenzas y mejillas sonrosadas, que fijaba en mí sus ojos profundos y abrasadores, medio salvajes, medio curiosos, y tenía con un aire de turbación el dedo en la boca. Le sonreí amistosamente y la invité á aproximarse. De un salto vino cerca de mí, y lanzando un grito de alegría echó sus bracitos en torno de mi cuello, me besó, sentóse sobre mis rodillas y me dijo con un tono decidido: «Ahora dime cómo te llamas; yo me llamo Sonia; ya no me aparto de tí; déjame dormir un poco». Una vieja criada que la acompañaba se aproximó, y dijo sorprendida: «Vaya, ca-

ballerito, ya puede usted jactarse de que la niña, de ordinario salvaje y huraña, se haya suavizado con usted como una gatita». Supe por ella al mismo tiempo que Sonia vivía por allí cerca y que su tía había venido de visita á mi casa. Fué imposible separarla de mí; la vieja criada tuvo que ir á buscar á su madre, que con grandes trabajos y fatigas pudo persuadirla que era preciso volverse á su casa. Quería absolutamente que yo la acompañase, y pareció desconsolada cuando le dijeron que mi mamá no lo permitía; al día siguiente estaba en mi casa desde muy temprano, y desde el dintel me gritó: «Hoy me quedo contigo todo el día, Guillermo; todo el día». Pero yo tenía que ir á la escuela y se lo dije; quiso venir conmigo y lloró, sollozó, porque se lo impidieron. Sus criados se la llevaron y no la volví á ver; supe más tarde que el mismo día la atacó la difteria; que durante su enfermedad no había cesado de llamarme, y que se había lamentado de tal modo, que su madre había venido á suplicar á la mía que me enviasen á su casa; pero mi madre nada me dijo, temerosa del contagio. Sonia murió al segundo día: mi nombre fué su última palabra. Lloré mucho cuando me contaron todo esto; desde entonces nunca he olvidado á mi pequeñita Sonia.

—¡Extraña historia!—murmuró Loulou.—Una niña tan pequeña enamorarse de ese modo...—Ya —continuó lentamente— si hubiera sido mayorcita...

No pudo decir más: Guillermo, que iba á su lado, se detuvo, y abriendo desmesuradamente los ojos, tendióle bruscamente los brazos, en los que ella se precipitó con un ligero grito:

—¡Loulou!

—¡Guillermo!...

Y no se oyó más. El movimiento había sido tan súbito, tan inconsciente, que parecíoles despertar de un sueño cuando Loulou, un minuto después, se desprendió de sus brazos, apartó sus labios de aquel ardiente beso, mientras Guillermo, confuso, permanecía inmóvil ante ella. Se dirigieron silenciosamente hacia el hotel, temblando ella con todo su cuerpo, sin atreverse á tocar su brazo, y dirigiéndose él interiormente cargos por su conducta, aunque estaba en el colmo de la felicidad. Cerca ya de lo alto de la cuesta apeló á todo su valor, y preguntó con angustia:

—¿Puede usted perdonarme, Loulou? ¡La quiero á usted tanto!

—Yo también le quiero á usted, Guillermo—respondió ella tendiéndole la mano.

Si la proximidad del hotel no la hubiera dado á ella más sangre fría que á él, de nuevo, con el ímpetu de su pasión, la hubiera estrechado contra su corazón, que latía hasta romperse.

—¿Debo hablar á tu madre, mi adorada Loulou? —la murmuró al oído, mientras ella se ponía roja como la grana.

—Aquí no, Guillermo—replicó rápidamente—no conoces bastante á mis padres; espera nuestro regreso á Berlín.

—Por fuerza tendré que obedecer—dijo con un suspiro; y al llegar junto al hotel se despidió de ella lanzándola una mirada en que iba envuelta su pasión.

Aquella noche le sucedieron una porción de cosas extrañas, que jamás había notado hasta entonces y de que no encontraba ningún rastro en sus estudios científicos: apenas si pudo tocar á la cena; lo que decía el señor y la señora Ellrich parecía venir, contra todas las leyes de la acústica,

de una larga distancia, y necesitaba varios minutos antes de llegar á su oído, aunque estaba sentado al lado de ellos. Los mozos y los huéspedes le parecían tener algo de particular y flotar en una especie de crepúsculo sonrosado; en el cielo brillante había por lo menos tres veces más estrellas que de ordinario.

Cuando los Ellrich se hubieron retirado anduvo solo por el bosque hasta más de las doce; oyó los trinos de aves ignoradas, encontró encantadoras y misteriosas armonías en el rumor de las hojas, é imaginóse que volaba por los aires sin tocar al suelo. La aurora despuntaba en el horizonte cuando se acostó, después de haber desahogado su corazón, que desbordaba, en la siguiente carta, dirigida á su amigo Haber, á Berlín:

«Mi bueno, mi querido Pablo: Soy feliz como nunca pensé que se pudiera serlo. Amo á una adorable, á una seductora joven morena, y creo que ella también me ama; no me pidas que te la describa; ni palabras ni pincel alguno lo lograrían: la verás y la adorarás. ¡Quisiera cantar, bailar ó llorar como un niño; todo esto es insensato, y sin embargo, tan dulce! No comprendo cómo estos indiferentes que habitan la casa pueden dormir tan tranquilos bajo el mismo techo que la abriga; me cuesta trabajo soportar yo solo mi felicidad; te escribo estos renglones á vuela pluma y medio trastornado. Por siempre tu—GUILLERMO.»

Cuatro días después el correo le llevó esta contestación de su amigo:

«¿Estás trastornado? Es exacto, mi querido Guillermo. ¡Caramba, y cómo te ha picado! Cuando se tarda mucho tiempo en hacer una cosa, se hace bien, y siempre he creído que cuando te llegase el turno de abrasarte en amor, sería un mo-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

1625 MONTERREY, MEXICO

rocotudo incendio. Ya lo ves; toda tu filosofía de la renunciación voluntaria, todo tu desprecio hacia la exterioridad y la apariéncia, de nada te han servido. Tu graciosa morena no es sino apariéncia y exterioridad, y te has enamorado locamente, por lo que te felicito con toda mi alma, sobre todo si te corresponde, lo que no dudo, puesto que yo me habría enamorado hace tiempo, si yo fuera una adorable morena, de un mozo tan impertinente hermoso como tú. Sólo te reconozco en una cosa: ni una palabra siquiera de lo que debe interesar en mayor grado á un filisteo como yo: la posición de tu adorada. «Quiero conocer su nombre, su parentela, su origen» (1); naturalmente, todo esto no tiene importancia para ti: «el nombre no es más que humo y sonido huero» (2). No te atormentes mucho con tu amor, conserva el apetito y el sueño, y un rinconcito en tu corazón, peligrosamente lleno, para tu fiel—PABLO.»

Guillermo se sonrió á la lectura de estos renglones de la ancha letra prosaicamente regular de su amigo, y se apresuró á enviarle los informes pedidos. Mientras tanto su felicidad iba en aumento y nada la turbaba sino la idea de la próxima

(1) Verso de Enrique Heine, tomado de una composición titulada *Der Asra*, que está en el Romancero.

(2) Verso tomado de la escena entre Fausto y Margarita en el jardín de Marta (1.^a parte). La joven interroga á Fausto acerca de su religión, y éste le hace la célebre confesión panteísta que termina así: «¿No flota todo lo que es en un eterno misterio invisible en derredor tuyo? Llena con él tu corazón entero, y cuando flotes en la plenitud de lo ignorado, nombra ese sentimiento como quieras: felicidad, corazón, amor, Dios; no tengo nombre para ello; el sentimiento es todo, un nombre no es más que sonido huero y humo que vela la celeste llama».—(N. del T.)

separación. Los jóvenes é inocentes niños no podían ocultar su amor, como el sol no puede ocultar su luz; siempre estaban juntos, mirándose con arrobamiento, las manos entrelazadas. Todo el mundo en el hotel lo había notado y á todos les agradaba; tan natural parecía que esta hermosa pareja fuera ligada por el amor; hasta la criada Bertha, de gordos carrillos colorados, advirtió con su mirada maliciosa de rústica lo que pasaba y quiso mostrarse servicial con Guillermo soplandole al oído, cuando le hallaba en la escalera, el sitio en que podría encontrar á Loulou, indiscreción que él la perdonaba en gracia de la buena intención. El señor Ellrich era el único que, naturalmente, nada veía; en sus inmensos periódicos extranjeros, en las azules espirales de sus cigarros escogidos, en la humareda de sus disparos de fusil, nada encontró que le informase del seductor secreto de los jóvenes, que todo el mundo conocía. La señora Ellrich, por su parte, sabía á qué atenerse; á pesar de su importante correspondencia y de sus siestas, cada vez más prolongadas, permanecía bastante atenta para vigilar lo que pasaba á su alrededor y darse cuenta de la situación. Esperaba una confesión de Loulou, y como tardaba en llegar, dada su impaciencia de madre, la provocó por una pregunta afectuosa. Hubo abrazos fogosos, algunas lágrimas, una porción de besos, y un acuerdo completo quedó establecido entre madre é hija.

La señora consejera, á quien Guillermo era muy simpático, no tenía objeciones particulares que hacer; pero no quería, sin embargo, asumir sola toda la responsabilidad, puesto que conocía ciertas ideas de su marido acerca del matrimonio de su hija única; al cabo de algunos días le hizo prudente

tes insinuaciones; el consejero no las recibió mal; pero, como hombre práctico, quiso dejar á los sentimientos de entrambos jóvenes la ocasión de soportar la prueba de la separación, y consideraba además toda precipitación inútil. Anticiparon diez días la marcha á Ostende, y durante la cena el señor Ellrich anunció su resolución, añadiendo:

—Habéis permanecido aquí quietas durante tres semanas por complacerme; ahora quiero daros gusto y divertirme otras tres.

Guillermo puso una cara amargamente despechada, porque no se le invitaba á ir también á esta playa de moda, y Loulou no parecía muy afectada. En el fondo de su sér, poco sentimental, no veía en su marcha del hotel una catástrofe comparable al fin del mundo, y Ostende con sus bailes y conciertos, su casino y reuniones mundanas, no tenía para ella nada de terrible. La misma noche halló la ocasión de consolar á Guillermo: prometiéndole acordarse siempre de él y escribirle á menudo, y dijo que no veía en eso un motivo para tristeza tan grande; por eso se alegraba tanto con la idea de volverle á ver en Berlín.

La mañana del día siguiente la consagraron á piadosas peregrinaciones al patio del castillo, al bosque, á los valles vecinos, á todos los sitios en que durante dos semanas habían sido tan felices; el cielo estaba azul, el bosque en calma, el aire perfumado, y las bellas cimas de las montañas se perdían, palideciendo, hasta en las últimas profundidades del horizonte; Guillermo se saturaba de este cuadro seductor y tranquilo, sintiendo una parte de su sér identificarse con esta naturaleza armoniosa, y ésta, por su parte, penetrar y fundirse en él, asociada indisolublemente, ahora y para siempre, á sus sensaciones más dulces y suaves; su

amor, aquellas montañas, aquellos valles, Loulou, el estremecimiento y los aromas de los pinos, todo aquello no hacía más que una sola cosa por siempre. Y el recogimiento panteísta que le inspiró esta afinidad de su alma con la Naturaleza, se elevó hasta una indescriptible emoción cuando dijo á Loulou con voz que temblaba:

—¡Es todo tan hermoso! ¡Las montañas, el bosque, el verano y nuestro amor! ¡Y dentro de algunos instantes todo habrá pasado! ¿Podremos ser aún tan felices? ¿Nos volveremos á encontrar alguna vez aquí, los mismos, en la misma naturaleza?

Nada dijo ella, pero le permitió buscar la respuesta en sus labios rojos, que se ofrecían á él.

La marcha para la estación de Offenburgo se verificó por la tarde. Loulou tenía los ojos húmedos; la señora consejera sonreía maternalmente á Guillermo y el señor Ellrich le tendió la mano, diciéndole:

—¡Hasta la vista en Berlín, á fines de Septiembre!

Cuando el coche desapareció de la carretera más allá del valle del Guttach, pareció á Guillermo que toda luz se había extinguido en el cielo y que el mundo se había quedado vacío. Permaneció algunos días más en el hotel reviviendo los momentos que había pasado con Loulou y soñando horas enteras en sus sitios preferidos.

En esta disposición de humor lleno de ternura, recibió esta nueva carta de Pablo Haber:

«Mi querido Guillermo: Tus líneas del 13 del corriente me han causado tal sorpresa, que he necesitado varios días para recobrar mi aplomo. ¡La señorita Loulou Ellrich! ¡La hija única del consejero íntimo de comercio Ellrich! ¡Escribes eso con

• tanta frescura! ¿No sabes, pues, que la señorita Ellrich es uno de los mejores partidos de Berlín? ¿que el dioscello Amor anda ocupado en hacerte un regalo de dos millones de thalers? Te ha caído el premio gordo; me felicito de que el azar haya cogido por la mano, alguna vez había de ser, á un mocito como tú. En la esperanza que serás siempre el mismo para mí, aunque seas millonario, te envió mi cordial felicitación.—PABLO».

Guillermo se quedó tristemente impresionado. ¡Qué suerte que la carta no hubiese llegado antes! Hubiera quizá influido lo bastante en su conducta para poner en peligro sus relaciones con Loulou. Ahora que los Ellrich se habían marchado, la carta no podía por el momento hacer ningún daño.

II

Vanidad de vanidades

Una alegre concurrencia llenaba los salones de los Ellrich; al ver la fila de los espaciosos salones abiertos á los invitados, se pudiera más bien creer que se estaba en un castillo señorial, ya que nada recordaba la sencillez de una casa burguesa de Berlín. Los salones de recepción del consejero íntimo de comercio ocupaban el primer piso de la espaciosa casa de la calle Lennée. Por una escalera cubierta de tapices y cuyos descansillos adornaban jarros de flores y candelabros, se llegaba á un vestíbulo espacioso, y desde allí, por una puerta abierta de par en par, á la gran sala del medio que tenía cuatro balcones; allí, enormes espejos con grandes marcos dorados reflejaban en una perspectiva sin fin la monumental chimenea de mármol, con sus adornos y sus jarrones chinos de bronce, las flores multicolores de vidrio de dos lustros de Venecia, el techo que representaba á Apolo en su carro rodeado por las Horas; las sillas pequeñas de seda roja con maderas doradas, alineadas á lo largo de las paredes, las ramas espesas de tuyas y de palmeras en los ángulos y las innumerables bujías de